

La isla del tesoro

Episodio 17. Acuerdo

Locutor: El relato que estás por escuchar surge de un sueño, y un fenómeno ficticio en él.

En 1987, en el Pacífico Sur, fue descubierta una isla no explorada ni registrada hasta entonces. La isla tenía vestigios de haber sido ocupada por un grupo numeroso de personas.

En distintos lugares se encontraron curiosas libretas con una especie de bitácora escrita. El contenido estaba fechado, extrañamente, *en 2020*.

Narrador: *¿Qué es un acuerdo?*

¿La decisión tomada en común por dos o más personas? ¿Por una junta?, ¿una asamblea?, ¿un tribunal? ¿Un consenso entre voluntades al que se llega por votación y por pacto? ¿Es un convenio, un tratado o una resolución válida a la luz de un sistema de leyes y de reglas?

Alguien nos había quitado un terrible riesgo de encima. Y al mismo tiempo se convirtió en una amenaza, *quizá aún mayor*.

Recogimos los cadáveres que quedaron en el oriente de la isla y los colocamos en una pira funeraria, que preparamos en el mismo lugar donde aún humeaban los escombros de una parte de la finca Christian.

Atizamos el fuego para que lo consumiera todo, y lo más rápido posible, antes de que el humo pudiera ser visto en lontananza. También quemamos todas las cosas que a nosotros nos pudieran ser innecesarias.

Luego sepultamos las cenizas, y lo que aún quedaba, chamuscado y enterizo. En la playa, muy cerca de los riscos, para que el mar se lo llevara poco a poco.

Aún no tenemos indicios ni hipótesis fundadas. No sabemos si algún día volverán los marineros que vimos irse, tras acabar con nuestros indeseables vecinos.

Suponemos que las mismas corrientes marinas que trajeron hace unos meses al naufragio de los Christian, fueron las que jalaron al enorme buque hasta la costa este de la isla.

Nosotros fuimos arrojados, originalmente, varias millas al sur, mismas que recorrimos por tres días, hasta pisar playa, como si un mar sin viento nos llevara a la cara trasera de la isla, sólo accesible algunos meses del año.

Revisamos todo con sumo cuidado, y con la ayuda del exiliado Lester Turner. Las cajas de caudales y todos los valores materiales de la familia Christian aparentemente fueron confiscados por los marineros del buque sin bandera.

Eso nos alivió bastante, pues suprimía importantes motivos para que los marinos volvieran.

Aun así, debíamos estar preparados, asumir un eventual regreso, de ellos o de cualquier otro navío, con cualquier intención que le guiara.

El acceso marítimo más expuesto era justamente por el oriente, quedando nosotros tras el muro natural de piedra, en la parte virgen de la isla.

Desde lo alto de la muralla acondicionamos un nuevo mirador, quedando a cargo Lester Turner. *En lo sucesivo le llamamos el guardia del oriente.*

El día en que nuestro Consejo deliberó respecto al proceso que seguiríamos a Lester Turner, por el homicidio de Sabino Díaz, todas y todos éramos conscientes de que no contábamos con una ley que castigara esa conducta.

Integrar nuevas reglas a nuestra ley conforme surgieran delitos no esperados podía terminar mal, enfrentándonos con principios tan importantes como la irretroactividad, que brinda protección a las personas contra decisiones arbitrarias o caprichosas.

En nuestra ley fundamental dejamos margen para que todo lo no contemplado se rigiera por acuerdos y consultas a la comunidad, hasta que, formulado como regla, se integrara formal y definitivamente a nuestras normas.

Un nuevo acuerdo, fundado en el espíritu de nuestra ley, permitió que Lester Turner purgara su condena en una especie de exilio moderado: podía colaborar a la distancia con nuestra comunidad, y quería hacerlo.

Después de todo, lo que lo trajo hasta nosotros era el miedo a aquellos con quienes llegó a la isla, *un miedo tal que matar a Sabino le fue entonces una condición de estricta supervivencia.*

Días después de iniciar su vigilancia del lado oriente, el guardián compartió con nuestros exploradores tres hallazgos escalofriantes.

Apenas más allá de la sombra vespertina de la parte noreste de la muralla, entre los manglares cercanos a la costa, pudo ver tres reptiles de tamaño descomunal, de entre 4 y 6 metros de largo. *Cocodrilos marinos.*

No lejos de ahí, entre las higueras que bordean el río, pudo ver, en dos ocasiones diferentes, ejemplares de una especie de murciélago enorme, de cabeza parecida a la de un zorro. Con las alas abiertas,

de punta a punta, dijo Lester, podían alcanzar una medida de casi 2 metros.

Y finalmente descubrió a los probables causantes del estado en que encontramos el cuerpo del comerciante.

Amelia Earhart, la famosa aviadora norteamericana, primera mujer que sobrevoló el Atlántico sin escalas, desapareció en 1937, ya muy cerca de completar una vuelta al mundo. Pilotaba su avión acompañada de un navegante rumbo a cierta isla del pacífico.

La larga búsqueda realizada por varios aviones fue totalmente infructuosa. Ni siquiera encontraron evidencias de algún accidente aéreo.

Unos años después, el administrador de una colonia inglesa, en una isla no muy lejos de aquella a la que iba Earhart, dijo haber encontrado 13 huesos humanos, que fueron investigados ante la posibilidad de que se tratara de los restos de la aviadora.

Una oscura teoría dice que Amelia Earhart pudo haber aterrizado en el arrecife que rodeaba aquella isla, que el navegante murió y el avión se fue flotando, dejándola sola, en condición de naufraga. Y que al morir fue alimento de cangrejos cocoteros, omnívoros que lo mismo pueden comer cocos que carroña. Y que, en ese caso, los 206 huesos restantes de Amelia reposan ocultos en las madrigueras de la isla, entre las rocas, entre la selva, entre la arena.

La monstruosa colección de especies avistadas por Lester Taylor nos puso en alerta. De algún modo, llegaron a nuestra isla cocodrilos de agua salada de Australia, zorros voladores de Filipinas... y los más grandes y aterradores cangrejos del inframundo oceánico. *No sabemos cómo, pero llegaron*, y hasta entonces permanecían ahí, al otro lado de la bendita muralla de piedra.

Hasta entonces.

Locutora: A saber, la red sonora de La Corte, presentó...

Narrador: La Isla del tesoro.

Locutor: No te pierdas el próximo episodio.